



Palabras que enseñan: una experiencia en Literatura y Cultura Colombiana

Alejandra Franco Paipilla

Iniciamos el segundo semestre del año 2025 con la mezcla habitual de expectativas, cansancio y curiosidad que acompaña a cualquier estudiante universitario que se enfrenta a un nuevo horario. Entre las materias que aparecían en mi plan figuraba una llamada Literatura y Cultura Colombiana. El nombre prometía algo: textos, historias, voces, tal vez debates sobre identidades y tradiciones. Pero la primera sorpresa llegó antes de siquiera sentarme en el salón.

El profesor asignado no aparecía. No sabíamos si se trataba de algo grave o simplemente una demora, pero la incertidumbre se quedó rondando entre los pupitres. La clase, sin embargo, no podía detenerse, así que una profesora encargada asumió la primera sesión. Entró con la seguridad de quien sabe que está reemplazando, pero no supliendo. Era apenas el umbral de un curso que se trasformaría con el

tiempo en una experiencia tan particular como entrañable.

La profe comenzó hablándonos de tres culturas indígenas de Colombia. Solo recuerdo con claridad a los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, quizá porque siempre me han generado algo de misterio. De las otras dos, mi memoria apenas sostiene la imagen de las comunidades que suelen encontrarse en Bogotá, bailando en los andenes, ritmos ancestrales, vendiendo collares tejidos con sus propias manos, pequeños fragmentos de identidad puestos sobre un hilo de chaquiras.

Esa primera clase fue interesante, como un mapa que se abre, un comienzo que no se sabe exactamente hacia dónde conducirá. La profesora también nos mencionó que debíamos leer la leyenda del Yuruparí, un mito que, debo admitir, confundió a la mayoría del grupo.



Había símbolos difíciles de descifrar, imágenes que parecían moverse con su propia lógica, como si el texto hubiera sido escrito para otro tiempo.

Pasaron unas semanas y el profesor continuaba sin aparecer. Su nombre empezaba a rodearse de un aire casi legendario: ¿quién sería? ¿Por qué no volvía? Hasta que un día, la monitora del curso nos explicó que se había lesionado el brazo y que lo tenía enyesado. Aun así, yo ya sabía quién era él, pues me dictaba otra materia los lunes. También sabía, porque él mismo lo decía sin recato, que era un hombre de referencias constantes: autores, libros, escenas, citas, pasajes que aparecían en su discurso como si convivieran con él en la cotidianidad.

No recuerdo con exactitud el nombre de su carrera, pero sé que es egresado de la Universidad Nacional en algo relacionado con estudios literarios. Y también sé que se enorgullece de su alma salesiana, algo de lo que habla con frecuencia, aludiendo a su paso por el Colegio Salesiano de León XIII. Quizá esa mezcla entre rigor académico y

espíritu comunitario es lo que más lo caracteriza: es evidente que es un profesor entregado, aunque nunca lo diga explícitamente. Se le nota.

Finalmente, después de varias semanas, el profe regresó. Entró al salón con el brazo enyesado y un cabestrillo. Pero su energía seguía intacta. No tardó en contagiarnos su entusiasmo por la literatura colombiana. Poco a poco fue reconstruyendo el ritmo del curso y, para sorpresa de todos, integró algo que se volvió parte fundamental de sus clases: la música colombiana.

Fue bastante interesante escucharlo: explicar un concepto literario y, sin previo aviso, poner una canción que funcionaba como puente cultural. Desde cumbias hasta bambucos, pasando por melodías que no escucho muy a menudo. A veces, incluso, nos mostró como cantaba con su papá y tenían un canal de YouTube donde subían sus interpretaciones. Esos pequeños detalles hacían que la clase pareciera más humana, más viva.

Uno de los primeros textos que estudiamos fue Ingermina, de Juan José Nieto. Recuerdo que el



profe mencionó que era considerada una de las primeras novelas en Colombia en combinar ficción con hechos históricos, y que allí comenzaban a consolidarse algunas narrativas fundacionales del país. A veces creo que él disfruta más de contarnos esas anécdotas históricas que de explicarnos conceptos, pero lo cierto es que así aprendía sin darme cuenta.

En una de las clases nos asignó algo que, sinceramente, me pareció un poco bobo en un inicio, leer el Himno Nacional de Colombia y hacer un análisis lírico. Contar sílabas, identificar versos, explicar vocabulario desconocido. Mi reacción interna fue un rotundo “¿Esto tan bobo para qué?”. Pero, como siempre, el profe tenía un propósito. Y cuando lo explicó, todo encajó. El himno exalta la libertad, y esa libertad está íntimamente ligada a los movimientos literarios que se gestaron en el siglo XIX, especialmente el Romanticismo. De pronto, un texto que repetimos mecánicamente desde la infancia se volvió un objeto de estudio lleno de simbolismos.

Nos habló también de Josefa del Castillo, una de las escritoras más destacadas del periodo colonial, de la novela María de Jorge Isaacs, de cómo la literatura, a veces sin intención, se convierte en una huella emocional de los pueblos.

Luego, llegó el momento de las exposiciones por grupos. A mí me tocó la “mala suerte” de quedar en el equipo encargado de presentar sobre el Nadaísmo. Y no sé si fue coincidencia, karma o simple ironía del destino, pero precisamente nuestro grupo no sabía cómo exponer la nada. Teníamos el tema, la presentación, la distribución, pero no la seguridad.

Cuando le propusimos al profesor dejar la exposición para la próxima clase, nos miró con una mezcla de decepción, como si pensara: “¿En serio?”. Y con total franqueza dijo: “Mientras los demás exponen, ustedes investigan. Igual pasan hoy”. Y así fue. Fuimos el último grupo, no la mejor presentación, pero al menos logramos explicar que el Nadaísmo no era la ausencia de todo, sino una postura crítica que buscaba romper



lo establecido: la educación tradicional, la moral, la iglesia, el arte rígido. Al final, el profesor reconoció que el tema era complejo y nos felicitó por intentarlo.

Más adelante, nos habló de María Mercedes Carranza, una voz potente y necesaria en la poesía colombiana, junto a otras voces femeninas que no han sido tan visibilizadas en la historia del país. Sus palabras sobre ella quedaron resonando en mi mente como un eco suave.

El curso dio un giro inesperado cuando el profe nos propuso realizar un taller en la Casa de Poesía Silva. Y allí todo tomó un nuevo matiz. Estábamos en un espacio distinto, con paredes cargadas de historia literaria, un lugar donde el silencio parecía tener textura. Hicimos ejercicios de escritura, exploramos la idea del título como umbral poético, aprendimos que el espacio en blanco también es parte del poema, que la emoción del autor determina el pulso del Romanticismo.

En esas sesiones descubrimos cosas que nunca hubiera imaginado:

la Guerra de los Mil Días, la entrada del modernismo con Gotas Amargas, la famosa Gruta Simbólica, y tantos otros fragmentos del país.

No suelo escribir. No es, ni de lejos, uno de mis talentos, mucho menos comparado con el del profe, que parece tener una fábrica de palabras funcionando en la cabeza todo el día. A mí, en cambio, me toca detenerme, borrar, pensar, volver a escribir y luego preguntarme si tiene sentido o no. Aun así, en medio de estos ejercicios descubrí algo: escribir también sirve para respirar, para darle forma a lo que uno siente y para sacar esas palabras que, por alguna razón, se quedan solo en pensamientos internos.

Mientras termino esta crónica, justo ahora, recibo una noticia que solo podía venir de él. El profe, que no nos podía dejar ir tranquilos, anunció que tendremos parcial. Sí, parcial. En este punto del semestre, cuando la mente ya está pensando en natilla, buñuelos, novenas y en no trasnochar más. Cuando todos estamos oficialmente en modo diciembre, él decide que todavía queda “algo por evaluar”.



Yo no sé si reír, llorar, o simplemente aceptar que esta es su manera de asegurarse de que no lo olvidemos. Porque claro, no podía despedirse sin dejar su toque personal: una última sorpresa, un último empujón, un último “ah, por cierto...”.

Y mientras leía el anuncio por el grupo de WhatsApp, entendí algo: la escritura, la literatura, las clases inesperadas, las lecturas complejas, las canciones al inicio, las exposiciones y ahora el parcial de cierre, todo forma parte de la misma enseñanza, una enseñanza que no siempre es cómoda, pero sí auténtica.

Ese curso fue todo menos común. Fue una mezcla entre historia, política, música, poesía, anécdotas, reflexiones y hasta advertencias sobre la vida docente. El profe, con su humor particular, siempre nos recordaba lo difícil que podía ser la profesión, pero también hablaba con cariño de los momentos bonitos que la acompañan.

Hoy, al mirar hacia atrás, solo me queda agradecerle por enseñarnos que la literatura no es

una lista de autores muertos, sino una manera de mirar el mundo, porque nos mostró que Colombia no solo se cuenta, se canta, se escribe, sino que se vive en las voces que han intentado comprenderla. Porque, incluso, con un brazo enyesado, regresó a lo que ama hacer: transmitir conocimiento.

Ahora que el semestre termina, siento que este curso fue una especie de viaje. Aprendimos sobre autores, movimientos literarios y contextos históricos, sí, pero también aprendimos sobre nosotros mismos, sobre cómo miramos el país, sobre cómo lo interpretamos y lo narramos.

Agradezco por un semestre fuera de lo cotidiano, por la música, las historias, las risas, los silencios, las lecturas, los caminos inesperados. Gracias por recordarnos que un buen docente no solo dicta una clase: deja huella. Y la tuya, salesiana, literaria, colombiana y profundamente humana, se queda en nosotros más allá del aula.

Quizá no sea escritora, quizá me cueste encontrar palabras, pero gracias a este curso descubrí que



escribir también es una forma de sostenerse, de entender lo que vivimos y, a veces, de reírnos un poco de nuestra propia tragedia universitaria. Y sí, puede que estemos cansados, que queramos vacaciones y que ese parcial nos caiga como baldado de agua fría o como diciembre sin buñuelo, pero también sé que, cuando todo pase, recordaré esta clase con ese humor

inevitable con el que uno recuerda lo que lo hizo crecer, aunque en el momento quiera correr.

En fin, así cierro esta crónica, con cansancio, con risa, con un parcial pendiente y con la certeza de que escribir, aunque no sea mi talento, terminó siendo una manera de entender mejor este semestre y a mí misma.